

VIDAS SINGULARES

de la historia

Harald Parigger

Julio

César

y los hilos
del poder




EDITEX



La pesadilla del pasado

La toga del hombre, púrpura como sangre coagulada, destacaba contra el blanco de la columna de mármol en la que estaba apoyado. Sonreía abstraído, con la mirada perdida en la lejanía, sin prestar ninguna atención a la figura arrodillada a sus pies.

No parecía ser consciente de que, a sus espaldas, un hombre vestido de blanco se aproximaba hacia él. Luego apareció un segundo, después un tercero, y finalmente un nutrido grupo. Al principio se acercaban vacilantes y cautelosos, pero después sus pasos se hicieron más firmes y empezaron a sonar al compás. El eco de sus suelas resonaba amenazante contra las paredes.

¿Acaso no estaba oyendo aquel estruendo? ¿Cómo podía no oírlo? Tenía que llamar su atención para que se volviera y viese esos rostros feroces y el débil resplandor de los puñales que sujetaban. «¡Huye! ¡Huye y salva la vida!», le gritó Eusebios.

Pero el hombre no reaccionó y se limitó a sonreír. La figura arrodillada frente a él le agarró de la toga, clavando las uñas en ella.

«¡Huye!», volvió a gritar Eusebios. «¡Corre antes de que sea demasiado tarde!».

En aquel momento, el hombre miró hacia él, giró la cabeza y su sonrisa se desvaneció. Levantó las manos, intentando defenderse, pero ya estaban sobre él, y una tras otra las hojas de los cuchillos se fueron clavando en su cuerpo.

Eusebios quería ir a ayudarle pero sus miembros estaban paralizados. Cerró los ojos pero sus párpados parecían haberse vuelto transparentes y la espantosa escena no desapareció. Entonces gritó por tercera vez...

El corazón de Eusebios latía aceleradamente, y por el pecho y la espalda le corrían gotas de sudor. Cuando se mesó el ralo cabello con las manos, notó que le temblaban.

Le llevó un buen rato calmarse. El familiar olor a papiro y aceite quemado penetró en su nariz. No estaba en Roma; no estaba rodeado de asesinos con puñales dispuestos a caer, sino sentado en su blanda cama, en una apacible y pequeña ciudad de Hispania¹, a unos trescientos kilómetros de Roma.

Respirando todavía con dificultad, se dejó caer nuevamente sobre la almohada. A pesar de todo el tiempo que había pasado, aquellas imágenes seguían obsesionándole, de vez en cuando le asediaban las pesadillas y tenía la sensación de que los *idus*² de marzo hubiesen sido el día anterior.

Cuando Eusebios Gibber se presentó ante sus alumnos un par de horas más tarde, todavía seguía sintiéndose agotado... y su humor iba parejo con su estado.

—¡Oh, dioses! ¿Por qué me castigáis dándome a estos estúpidos granujas por alumnos? —gruñó—. ¿Cómo puede

1 Hispania: nombre de la provincia romana de Hispania Citerior y Ulterior, parte de la actual España.

2 *Idus*: el 15 de marzo, mayo, julio y octubre, y el 13 de los demás meses. Era el día que marcaba la mitad del mes, y se consideraba un día de buenos augurios. En latín «*idus*» era un sustantivo plural (como «gafas» o «tijeras» en español), y por eso se dice «los idus» y no «el idus» aunque se refiera a un solo día.

ser que en Hispania, donde brilla el sol casi todos los días, dentro de sus cabezas solo haya niebla? Por última vez: ¿cómo se calcula la circunferencia del círculo? ¡Spurio!

—¿Del... círculo? Pues se mide... Estooo, se intenta adivinar, creo yo. Primero...

—¡Se intenta adivinar! Se intenta adivinar, dice este *homo ineruditus*³, este *plumbeus*⁴... —Eusebios fulminó al pobre Spurio con la mirada—. Lo que puedes intentar adivinar es cuántos de vosotros tenéis los pies sucios, pero las matemáticas son una ciencia exacta, ¿entendido? Y para que no se te olvide, Spurio, vas a escribir...

—*Magister*⁵ —le interrumpió Spurio con timidez—, ¿por qué está de tan mal humor? ¡No le hemos hecho nada!

Eusebios se sintió avergonzado. El chico no estaba del todo equivocado: era cierto que no eran estudiantes brillantes ni aplicados, pero aquello no era una novedad. ¿Por qué entonces descargaba su mal humor contra ellos? Se sentó y miró a Spurio, asintiendo con gesto conciliador.

—Perdonadme, alumnos míos, pero anoche tuve una pesadilla terrible...

—¿Qué tipo de pesadilla? —preguntó Lucilo curioso.

—Bueno, era un recuerdo de algo que ocurrió hace muchos años en Roma, de una vez en la que estuve a punto de cambiar el curso de la historia...

3 *Homo ineruditus*: persona inculta, tosca.

4 *Plumbeus*: muchacho idiota.

5 *Magister*: maestro.

Los chavales soltaron una sonora carcajada. Su profesor medía metro y medio de la cabeza a los pies, tenía una buena barriga y una joroba del tamaño de la cabeza de un niño. ¿Cómo podría un hombrecillo así cambiar el curso de la historia?

—*O simplicitas iuventutis*⁶! —dijo Eusebios ofendido, y los reprendió—. A veces son justamente los pequeños, los insignificantes, quienes son llamados a hacer algo grande. —Cuéntanos, *magister* —pidió Lucilo.

Eusebios suspiró.

—Cualquier cosa es mejor que dar clase, ¿verdad? Pero bueno, ¿por qué no? ¡La historia es el mejor profesor!

Se inclinó hacia delante y comenzó su relato.

—Los hechos que voy a contaros tuvieron lugar hace treinta años, en los meses de febrero y marzo del año 710⁷.

La República romana, que tantos años había perdurado, había dejado de existir. Tras una larga y sanguinaria guerra civil, finalmente Cayo Julio César se había hecho con el poder.

En aquel momento yo era un esclavo, propiedad de un tal Tercio Salvio Stolido, que trabajaba en la administración pública a las órdenes de César. Cuando se encontraba frente a él era obsequioso y adulador, una auténtica babosa.

6 *O simplicitas iuventutis!*: ¡Oh, la ignorancia de la juventud!

7 Según el calendario romano, en el que el año cero correspondía a la fundación de Roma. Según el nuestro (el calendario gregoriano), que empieza a contar a partir del nacimiento de Cristo, el 710 del calendario romano sería el 44 a. C.



Y lo mismo hacía con quienes tenían una posición superior a la suya. Doblaba la cerviz y le salía una chepa que hacía que la mía pareciera diminuta como un guisante.

En cambio, abusaba cuanto podía de sus subordinados.

¡Y la forma en que trataba a sus esclavos...! En torno a los poderosos hay tantos miserables... ¡Guardaos de esa gente, hijos míos, y sobre todo nunca seáis como ellos!

A mí me solía tratar más o menos bien porque le era útil: sabía leer y escribir, era, si se me permite decirlo, inteligente y además, ágil, menudo y pasaba inadvertido. Estaba especialmente dotado para realizar trabajos burocráticos de todo tipo y para mantenerle al corriente de las noticias más importantes.

Por otra parte, nadie tenía tanta habilidad como yo para merodear alrededor de las personalidades de la época casi sin ser advertido, escuchar a escondidas las conversaciones de los baños públicos y las callejuelas y así, llevar a casa el último chisme.

Aquella noche, el cuarto día antes de los *idus* de febrero, había salido yo en una de esas misiones cuando vi una horda de plebeyos⁸ borrachos en las afueras de la Subura⁹...

8 Plebeyo: ciudadano romano perteneciente a la clase social inferior (la plebe).

9 Subura: barrio de mala fama situado al noreste de Roma.

La República romana



La zona montañosa en la que se asienta la actual Roma ya estaba poblada por diversas tribus mil años antes del nacimiento de Cristo y fue a través de la unión de varias de ellas como se fundó la ciudad de Roma. Una de ellas, la tri-



Debate en el Senado. Fresco, s. XIX.

bu de los etruscos, era superior a las otras en cuanto a su nivel de desarrollo y cultura, y de ella saldrían los reyes que gobernaron Roma desde aproximadamente el año 600 a. C.

La fundación de la ciudad sería el acontecimiento

que escogerían los romanos para fijar el año cero de su calendario, mientras que según la nuestra habría tenido lugar en el 753 a. C.

Sin embargo, finalmente las otras tribus se cansaron de estar gobernadas por un autócrata etrusco, y en torno al 500 a. C. fue derrocado y expulsado de la ciudad el rey que ocupaba el trono en ese momento.

Se creó en su lugar un consejo, formado por trescientos hombres de prestigio, que se ocuparía a partir de entonces de redactar las leyes y tomar decisiones en tiempos de guerra y paz: el Senado. A su vez, un grupo de funcionarios elegidos anualmente, los magistrados, se hacían cargo de los asuntos gubernamentales del día a día.

Todos los senadores y magistrados eran patricios, miembros de las familias más ricas y poderosas, que constituían la aristocracia romana.

La gente sencilla, la plebe, aunque sí podía votar para elegir a los magistrados, no tenía ningún otro modo de influir en la toma de decisiones políticas, y nadie se preocupaba por sus intereses.

A lo largo de casi doscientos años, los plebeyos lucharon para mejorar su situación hasta que finalmente obtuvieron el derecho a presentarse a los cargos de magistrado y senador, a sancionar leyes en sus propias asambleas y a elegir a diez representantes de sus intereses, los tribunos de la plebe, que tenían un enorme poder político.

De hecho, una serie de familias plebeyas lograron llegar a ser tan influyentes como los patricios y entrar a formar parte de la aristocracia.

Los romanos se referían con orgullo al sistema de gobierno de su ciudad como «*res publica*»¹⁰, expresión de la que proviene la palabra «república», porque todos los ciudadanos podían y debían participar en la vida política.

Sin embargo, esto era aplicable únicamente a los hombres; la opinión de las mujeres no contaba en la política, al menos oficialmente.

Todas las resoluciones importantes, como signo del poder del pueblo y de la importancia del Senado, iban acompañadas de la leyenda SPQR: *Senatus Populusque Romanus*, «el Senado y el pueblo de Roma».



10 Res publica: literalmente «cosa pública», es decir, «cosa de todos».

La guerra civil

Los inicios de la República fueron muy prósperos y los romanos cosecharon numerosos éxitos: conquistaron toda Italia y poco a poco fueron haciéndose también con otros territorios de la región mediterránea, gracias a lo cual la riqueza de la ciudad aumentó considerablemente.

En esa época algunos plebeyos consiguieron ganar mucho dinero como comerciantes y empresarios, pasando a constituir un estamento independiente, una especie de clase media alta: los *equites* (caballeros).



Carro de bueyes —plaustrum— para transportar mercancías. Relieve.

En estas nuevas circunstancias, quienes salieron perdiendo fueron los pequeños campesinos de los alrededores de Roma. Las continuadas guerras, en las que debían participar, acabaron empobreciéndoles pues tenían que pagarse su propio armamento y no podían recolectar sus cosechas.

Además, no podían competir con los ciudadanos ricos que poseían enormes haciendas (latifundios) y podían producir a menor coste y vender sus productos más baratos.

Si se endeudaban, los campesinos perdían sus tierras y no les quedaba más remedio que trasladarse a Roma. Cientos de miles vivían en la ciudad casi sin recursos. Dependían para su supervivencia de los donativos estatales de cereales y de las limosnas, no tenían perspectivas y, en consecuencia, eran imprevisibles y peligrosos.

Desde mediados del siglo II a. C., esta explosiva situación condujo a encendidos enfrentamientos políticos entre dos facciones que se prolongaron a lo largo de varios decenios.

De una parte estaban los *optimates*¹¹, que querían limitar el poder de las asambleas populares y los tribunos de la plebe y aumentar el del Senado, que favorecía los intereses de los nobles.

De la otra, los *populares*¹², que querían llevar a cabo una serie de reformas para mejorar la situación de la plebe.

En el año 82 a. C. los *optimates* lograron inclinar el conflicto a su favor liderados por el político y militar Sila, que restableció el orden público por la fuerza e impuso una dictadura. Reforzó los derechos del Senado y limitó los de los tribunos de la plebe.

Sin embargo, para sorpresa de todos dimitió de su cargo en el 79, y pronto los *populares* y los *optimates* volvieron a enfrentarse igual que antes.

Dos hombres pugnaban ahora, en ocasiones conjuntamente y en ocasiones en mutua oposición, por hacerse con el poder: Marco Licinio Craso, inmensamente rico y sin carácter, y Cneo Pompeyo, inteligente y amable, pero también vano y ambicioso.

En el año 60 a. C. los dos rivales se aliaron con un influyente patricio, de nombre Cayo Julio César. Nadie podía sospechar en ese momento que aquel hombre restauraría el orden, pero también acabaría con la República...

11 *Optimates*: aunque literalmente significa «los mejores», la traducción más correcta sería «los que están del lado de los mejores». Esta facción defendía que el poder debía residir en los miembros del Senado, más cualificados (mejor preparados) según ellos para gobernar.

12 *Populares*: «los que están del lado del pueblo».